

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION: CALLE DE VICTORIO, 33. — PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES. — NUMERO SUELTO, CINCO CENTMOS.

Aires murcianos

EL ABEJORRICO NEGRO

¡Más cerca me parece que está el hijo mío,
cuando está más lejoso!

A toas las horas
elántico é mis ojos lo tengo.

¡Clavo que en el alma
hincalico llevo!

¡Sombrica pereno
de mi pensamiento!

Desde que lo vide marcharse aquél día,
pué que, por mi esgracia, pa nunca más verlo,
ni ganas de verme me quean siquiera,
ni como, ni duermo...

Las noches enteras en vela me paso
sin pas ni sosiego,
y, en las horas mortales y negras
que vivo muriendo,

de llorar se me escurren los ojos,
¡de pensar se me erriten los sesos!

¡Mentira me páice que llegue algún día,
q'á mis penas encuentre consuelo,
devolviéndome Dios aquel hijo
tan sano y tan güeno!

¡Mentira me páice que Dios me lo traya,
y e'aprieten mis brazos su cuerpo,
y que pueda su cara, entavía
comérmela á besos!

La luz de mis ojos
perdiere por verlo;
por sentir el soplico del suyo
perdiere mi aliento...

Mi vida, mi gloria, tóico lo perdiere,
¡tó por no perderlo!

¡Cuándo será el día!
¡Cuándo querrá el cielo

que se diga o'hay gozo en mi casa
porque él esté drento;

que se sienta reir, porque él sea
quien se esté riendo;

que se sienta cantar porque él cante,
como en otro tiempo!

A toas las horas tengo un sobresarto...
á toas las horas por su suerte tiemblo;

mil güeltas la sangre me dá ca miguto
y mil y mil güeltas me dá el pensamiento...

No tengo de él carta
ya cuatro correos,

¡d'aquel hijo mío
que está allá tan lejoso!

Sin carta... ¡sin vida!
¡pa'l caso es lo mismo.

Y es morir, sin morir, esta angustia
pa que sea mayor el tormento...

¡es arrebanarme, cachico á cachico,
mi alma y mi cuerpo!

Ayer me seguía
¡sin darme sosiego,

un abejorrico
mu negro, ¡mu negro!

y esta mañanica
trempanico ha güelto,
como si estuviera
pa verme al acecho,
y otra vez, sin parar, m'ha seguío
arriba en la casa y abajo en el güerto...

Con maica s'iba...

era lo mesmico que sombra del cuerpo,
por lo pesaico que estaba en seguirme...
por su colorcico tan negro... ¡tan negro!

Siempre á mi reorcico
sus revoloteos,

siempre en mis oídos su zumbío triste,
zurriendo y zurriendo...

¡El que yo lo entendiera paecía
que era tó su empeño!

Se me helaba la sangre al sentirlo,
temblaba de verlo,
m'atemorizaba...

¡Erizá me ponía de miedo
y, entavía, má más de pensarlo,
toa me estremesco!

Delante é mis ojos, dende que lo he visto,
s'atravesia un velo,
y fijo en el alma
va ahogándome un peso...

¡me parece que es mi hijo de cuerpo presente,
que lo llevo drento!

Que Dios no me orvide; que no se me cumpla,
lo que me recelo;

que el abejorrico no quiere decirme,
con su colorcico, que vista de negro;
¡que con su zumbío no venga á avisarme
que mi hijo s'ha muerto!

¡Pa qué ya más vida, si pa él ya no vivo?

¡Pa qué ya más penas, si pa él ya no peno?

¡Que me lleve el Señor!... ¡Que me lleve,
que con tanto dolor ya no puedo,
y es de tóicas maneras morirse,
el vivir, como yo, padeciendo

sin una esperanza,
sin una jolepa siquiá de consuelo!

¡Si esperando su carta he vivío
y yo no la espero!

¡Que me lleve el Señor!... ¡Que me lleve,
pa bien de mi alma... pa escanso é mi cuerpo!

¡Qué trabajos habrá padecío!...

¡La idea me mala ca ves que lo pienso!
¡Qué fartas! ¡C'angustias! ¡Qué esamparo el suyo!

¡Tan sólo!... ¡Tan lejoso!...

¡And'irán sus piazos?... ¡No sabré, siquiera,
ande están enterraos sus güesos!

¡Silenciosos vivo,
más lenjicos muerto!...

¡Ay, abejorrico, qué claro m'icías
«vistete de negro»!...

Ay, abejorrico, ya me tiés de luto!
Ya me tiés de luto, por juera y por drento.

VICENTE MEDINA

PAISES QUE SE DEFIENDEN CONTRA EL PAPEL SOBADO

El peligro que existe en el manejo de ciertos papeles que pasan por muchas manos, ha sido dado á conocer hace ya tiempo por los bacteriólogos, y hoy nadie ignora que los libros, los billetes de Banco y los sellos de Correos pueden recoger, secciones patógenas y convertirse en vehículos de enfermedades contagiosas.

En algunos países las autoridades han tomado medidas para evitar este peligro. La Caja de Ahorros de Bruselas cuenta ya con un departamento para la desinfección de los Billetes de Banco y demás papeles que llegan al establecimiento, los cuales son expuestos durante algunas horas á los vapores del aldehído fórmico. Algunos Bancos desinfectan los billetes antes de darlos al público, en interés de éste; otros como el de Inglaterra, queman los billetes cuando vuelven á ellos después de haber circulado, dando en cambio otros nuevos. Cualquiera de estos procedimientos merece las alabanzas de los higienistas, y debería ser imitado en todos los países.

Donde es imposible tomar las debidas precauciones es en las bibliotecas públicas. Algunos libros pasan en pocos días por centenares de manos, y entre los lectores no son raros los enfermos ó convalecientes. Muchas personas que padecen difteria, viruelas locas, escarlatina ó tisis, diseminan así inconscientemente, los gérmenes de estas enfermedades.

Algunos cobradores del tranvía acostumbran á tocar billetes, para arrancarlos del taco, con los dedos mojados con saliva. Las empresas debieran prohibir este, no sólo porque la costumbre es un poco sucia, sino porque el peligro de contagio está manifiesto, especialmente cuando alguna persona se lleva distraídamente el billete á los labios. En los tranvías y ómnibus de Berlín se ha adoptado un sistema digno de aplauso; el cobrador lleva colgando del ojal una esponjita húmeda, donde moja los dedos antes de arrancar cada billete, en vez de humedecerlos con saliva.

La última palabra de la moda
Carlos Ruiz-Fines, TRAPERÍA, 7.

